

CAPITULO DE UN FUTURO LIBRO

[El eminente escritor y literato cubano D. Enrique Piñeyro tiene en prensa, en la Casa editorial de Garnier Hermanos, de París, un libro sobre la manera como terminó la dominación española en América. Ha enviado á nuestro amigo D. Antonio Gómez Restrepo, en pruebas de imprenta, uno de los Capítulos, para que se publique como muestra en algún periódico de Bogotá. El Sr. Gómez ha elegido bondadosamente la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO. No conocemos el resto del libro, y así nos abstenemos de emitir concepto alguno sobre él. El presente fragmento contiene datos muy interesantes sobre la opinión de los políticos españoles, en vísperas de la guerra con los Estados Unidos, y está escrito en la elegante prosa castellana propia del autor].

CÓMO ACABÓ

LA DOMINACIÓN ESPAÑOLA EN AMÉRICA

(Parte IV—Capítulo III)

No es fácil todavía darse hoy cuenta cabal y satisfactoria de las consideraciones que en el Gobierno español influyeran para aceptar así, tan pronto, sin titubear, al parecer sin estremecerle la idea de las posibles consecuencias, una guerra que para la nación había de ser tan costosa y tan terrible. Es verdad que en el Memorándum de 23 de Abril, escrito por el Ministro de Estado "para ser conservado en los archivos de las Embajadas y Legaciones" de España en todo el mundo, se dice al concluir: "Con tranquila serenidad esperan el choque el pueblo y el Gobierno español, decididos todos y cada uno á vender caras sus vidas y á defender, por cuantos esfuerzos alcancen, la legítima é histórica integridad de su territorio. Sin ridículos alardes, pero con la fiera energía del que ha sabido conquistar en la Historia nombre y fama envidiables, defenderá con las armas el pueblo español su derecho á permane-

cer en América, sin que le arredre la magnitud de la empresa, ni la enorme superioridad de medios de que dispone su adversario." Pero documentos de esta laya nunca explican gran cosa, están siempre concebidos y redactados con el objeto primordial de deslumbrar, de cubrir con expresiones, menos sinceras que pomposas, sentimientos y puntos de vista, de que por prudencia, cuando ha pasado la hora de discutir, es fuerza prescindir.

El que esto escribe recuerda que entre los varios españoles más ó menos ligados con el Gobierno, que en aquellos días le fue dado encontrar en París, casi todos al principio parecían convencidos de que las grandes Potencias de ningún modo habrían de consentir que los Estados Unidos provocasen y atacasen á España. Cuando los sucesos después se precipitaban, forjábanse la ilusión de que no estarían solos en la Isla contra el agresor, que los cubanos, temerosos de verse luégo anexados á los Estados Unidos, se unirían al Gobierno español para rechazar toda acometida. Error incomprensible este último, que sólo olvidando ó no conociendo la inmensa balumba de cosas pasadas puede concebirse, y del cual, sin embargo, parecía el Ministro muy seguro en el citado Memorándum, cuyas palabras finales son: "los peninsulares y los leales cubanos, hijos de una misma madre y ciudadanos de una misma Patria, combatirán juntos contra la codicia norteamericana, y se opondrán á que las Antillas españolas rompan el vínculo sagrado é indisoluble que las une con su antigua y querida Metrópoli." Tales alucinaciones, pronto borradas por los hechos, algo sugerirán al que busque la clave del enigma, pero no lo explican suficientemente. Y no es de creer que al aludir á cubanos leales pensase únicamente el Ministro en los autonomistas, pues éstos desde 1897 eran pocos, y á la llegada de Weyler quedaron reducidos casi á un puñado, aunque hubiese entre ellos, ya lo he dicho, hombres muy distinguidos.

Cuando Sagasta, Presidente del Consejo de Ministros, llevó á la firma á Palacio el Decreto que otorgaba á Cuba

la autonomía, observó la Reina: "Me han dicho, sin embargo, que con la autonomía Cuba se pierde." El Ministro replicó: "¡Ay! señora, ¡más perdida de lo que está ya!" Repetíase esta anécdota corrientemente en Madrid, después la he visto impresa varias veces, y no hay, según creo, motivo para dudar de su autenticidad, aunque no la pueda asegurar. Si estaba ya perdida, si el nuevo régimen no había despertado entusiasmo, ni lo aceptaban los cubanos en armas en el campo, ni había convertido á un solo grupo de insurrectos importante, ¿por qué no haber intentado siquiera algún arreglo con los cubanos mismos, y con ellos negociado el reconocimiento de su independencia? Esta sin duda hubiera sido solución honrosa. Aunque, reflexionándolo bien, ha de creerla prácticamente irrealizable todo el que recuerde cuáles siempre fueron el temperamento, la arrogancia patriótica, las pretensiones de los millares de peninsulares establecidos, arraigados en la Isla, en cuyo beneficio casi únicamente sostenía España la guerra en los últimos tiempos.

Si era todo eso impracticable, ¿por qué no haber aceptado entonces los buenos oficios tan insistentemente ofrecidos, primero por Cleveland, luego por Mac-Kinley en su Mensaje de 1897, y sobre todo ya cerca del fin, cuando se contentaba él con un armisticio y se brindaba gustoso á favorecer la negociación con los insurrectos? Esta última oferta de intervención pacífica, una vez aceptada, al asegurar la independencia de Cuba, habría muy probablemente contenido á los peninsulares españoles, trabajados por el miedo de poner en peligro, y aun perder de otro modo, sus bienes raíces, sus industrias, todo lo que era fruto tanto de su trabajo como de la antigua supremacía.

Pero no podía ser. El dominador, el español neto y rancio, el descendiente directo de los que descubrieron continente é isla y los poblaron hasta donde su número, siempre relativamente corto en proporción al vasto territorio, lo permitía, jamás estuvo preparado ni resignado á soluciones radicales de esa especie. La sombra de Cánovas del

Castillo surgía y estaba presente en todos los Casinos políticos, donde habitualmente se reunían los españoles en Cuba y donde manifestaban su voluntad, ante la cual las autoridades se inclinaban. La voz del gran orador se oía aún más alta que la de ninguno, el eco de sus discursos resonaba todavía. Aún parecía tenersele delante, aún vibraban sus palabras sobre todas aquellas que, sin exageración puede afirmarse, señalan el comienzo del período luctuoso, y hasta el fin lo iluminan en su marcha hacia la ruina.

Bien roncas y bien fúnebres parecen ahora, acompañadas por el triste murmullo de los desastres de las horas últimas. Acababa él de subir al poder, con más prestigio y autoridad que nunca, aclamado no solamente por amigos y correligionarios, sino también por muchos otros que nunca en ese número se habían contado, que lo saludaban ahora respetuosamente, descorazonados por el ignominioso fin del anterior Gobierno, precipitado al suelo por motín que provocaron unos cuantos Tenientes de Ejército ofendidos por simple artículo de periódico. Dijo entonces Cánovas, entre muchas otras cosas duras y tristes, esto, hasta el fin principio informante de su política en Cuba:

"Los acontecimientos son graves, gravísimos, la criminal rebeldía de los cubanos no es una cuestión de orden público, como afectaba creer el Gobierno anterior; es una cuestión nacional, á la que está *ligada para siempre la vida y la honra de España*. El Ministerio que tengo el honor de presidir por la confianza de la Corona, no se dejará aventajar por otro alguno en la defensa de la patria. Podría haber quien nos igualara, nadie nos superará. El ejemplo de la guerra de los diez años prueba que fue menester un ejército formidable de más de cien mil hombres para acabar con la insurrección, para obligarla á pactar. Y duró tan largo tiempo, por enviar paulatinamente todas las tropas que hacían falta. No incurramos en aquel error. Enmendémoslo y embarquemos de una vez para Cuba cuantos soldados sean necesarios. El patriotismo lo demanda, y Es-

pañía no desoirá la voz del patriotismo, que es voz de salud y de honor....” y esas palabras, escribe un español que conocía bien á sus paisanos, “armonizaron admirablemente con el espíritu nacional” (1). Pero es evidente, además, que la elocuencia y autoridad del orador les agregaron fuerza y conciencia, á que, sin ellas, el espíritu nacional probablemente no habría llegado.

¿Qué hubiera hecho Cánovas colocado en la situación en que Sagasta y sus compañeros se encontraron en Abril de 1898? — Pregunta ociosa sin duda, como cuantas de la misma especie parten de un supuesto sin realidad. Pero es lo cierto que admiradores, amigos y antiguos colegas del gran Ministro la formulan constantemente, para resolverla del modo más favorable á su memoria: unos en busca de consuelo á las desgracias que vinieron después, otros para abrumar con mejor apariencia de justicia á los que se vieron en el caso de asumir la responsabilidad de una nueva situación.

Nadie ha de creer que á la perspicacia de Cánovas dejara de presentarse todos los días de su último año y medio de vida el riesgo constante del choque con los Estados Unidos, á pesar de su propósito deliberado de ceder á las pretensiones de éstos en cuantas reclamaciones con algún derecho ó apariencia de derecho pudieran presentar. La prueba de que lo preveía y de que la posibilidad del conflicto le preocupaba y atormentaba, se encuentra en un libro ya citado, los *Apuntes* del Duque de Tetuán, su Ministro de Estado. El Duque se manifiesta siempre convencido de que su jefe el Presidente del Consejo, á quien en general considera como infalible, habría de todos modos encontrado la manera de evitar la guerra con la República; pero consigna que más de una vez en Consejo se aludió á esa peligrosa probabilidad, y que Cánovas no la consideraba necesariamente desastrosa, pues decía que, llega

(1) Luis Morote, *La Moral de la derrota*, Madrid, 1900, p. 34 De este libro copio las palabras de Cánovas.

do el caso, podríase “realizar en bien de España y de su concepto militar algo, siquiera semejante á lo que los Estados Unidos consiguieron en su guerra con Inglaterra en los años de 1812 á 1814. También entonces la diferencia de fuerzas y poderes entre uno y otro combatiente no era inferior á la nuestra, y no obstante, es lo cierto que después de dos años de suerte varia, se concertó una paz igualmente honrosa para ambos.” (Páginas 124 y 125).

Si Cánovas hubiese vivido un año en el poder, Dupuy de Lome, su hechura, habría continuado siempre como Ministro en los Estados Unidos; otros buques de guerra también habrían ido á visitar La Habana. Dupuy, al paso que andaba, hubiera quizás cometido indiscreciones aún mayores que la de la carta echada al aire sin precaución alguna; el *Maine* ú otro barco hubiera podido volar, ó ser volado, es lo mismo para el caso, y sobre todo Weyler habría seguido más tiempo su obra nefasta, provocando protestas, cada día más vivas, de parte del Presidente americano. Muy trabajoso es creer que Cánovas, con su inmenso orgullo, se hubiera bajado hasta el punto de aceptar el plazo de los tres días fatales y al cabo de ellos cedido sin combatir, él, que se complacía en suponer á su patria capaz de obtener, por lo menos paz tan honrosa como la que la República del Norte obtuvo de la Gran Bretaña en 1814, no obstante el incendio de la ciudad de Washington y otros descalabros. Más honrosa aún la hubieran conseguido si los Delegados americanos hubiesen podido adivinar el brillante hecho de armas del General Jackson contra los ingleses en Nueva Orleans, ocurrido quince días después de firmado en Gante el tratado de paz. Difícil es hoy, en vista de lo que en Asia y en América sucedió, imaginar caso idéntico para España en la guerra última. Pero Cánovas lo creía, y es lo que importa fijar.

Es bueno también recordar lo que pasó en 1885, cuando Alemania se apoderó, juzgándolo *res nullius*, de una isla del archipiélago de Las Carolinas, perteneciente á Es-

paña. Cánovas era primer Ministro, y el Gobierno por él presidido redactó y envió al de Alemania con ese motivo, conforme á sus propias palabras, relatando el caso tres años después en el Congreso de Diputados: "Una protesta en tales y tan enérgicos términos, como España no la ha dirigido á una gran Potencia, ni aun quizá á Potencia ninguna desde hace un siglo.... No sólo había entonces Gobierno en España, sino mucho Gobierno, y todo lo que puede apetecer la Nación española es tener un Gobierno semejante, siempre que en iguales condiciones se encuentre." Trató acto continuo de paliar la jactancia del tono, agregando que el Gobierno "tenía acordado, para el caso de que no fueran satisfechas nuestras legítimas exigencias de honor, una simple ruptura de relaciones diplomáticas." Lo que puede acontecer, después de enviada á un Gobierno extranjero nota de la naturaleza por Cánovas descrita, no depende ya del que la escribe, sino del que la recibe.

Es bien seguro que si eso mismo, ó algo por el estilo, hubiera hecho el Ministro español para responder al *Apunte* de Woodford de 29 de Marzo de 1898, la guerra habría inmediatamente comenzado en el golfo de Méjico, "sin dar lugar á nuevas negociaciones ni á seguir pidiendo las satisfacciones indispensables": repito siempre frases del discurso de Cánovas. Fue aquello posible en la desavenencia con Alemania, porque, según Bismarck mismo, esa desavenencia, trocada en conflicto armado, no le ofrecería más que el triste recurso de bombardear algunos puertos de España, pues no había de movilizar cuerpos de ejército para desembarcarlos en la Península y provocar un levantamiento, parecido al que tan molesto fue á los granaderos de Napoleón.

Cánovas era un civil, y era al mismo tiempo esencialmente un hombre de pelea. Lo pregonó en el Congreso Jurídico Iberoamericano de 1892, cuando dijo: "La guerra es para las naciones ocasión de afirmar su superioridad moral y material, sobreponiéndose á otras de menos áni-

mos, de menos inteligencia, de menos abnegación ideal." Concepto reforzado por este otro, allí mismo proclamado: la paz perpetua "inmensamente disminuiría la vitalidad de la civilización" (1).

A Cánovas se atribuye como pronunciada, "ya bien entrado el año 1896," una frase que tiene algo del corte de su oratoria, y hasta, puede quizás agregarse, un eco vago de su voz y su entonación habituales: "Y si quieren que la bandera española deje de tremolar sobre Cuba, tendrán que conseguirlo con un glorioso Trafalgar á las puertas de La Habana" (2), palabras cuya exactitud se ha puesto en duda, como suele suceder con mucho de lo que en forma de *interview* se publica sin la firma de ambos interlocutores.

En distinta ocasión, y de esto tengo prueba irrefragable, pronunció Cánovas otra frase, que en el fondo se asemeja á la anterior, pues igualmente revela su firme intento de aceptar el duelo con los Estados Unidos, de larga y resueltamente defenderse en él, y no prever ni completa ni rápida derrota. Hablando el eminente político en su despacho de la Presidencia, pronunció estas ó parecidas palabras: "En La Habana hemos acumulado y acumularemos cuantos medios de defensa podamos reunir allí, á fin de que el sitio de la capital de Cuba, si este caso llegase, sea tan difícil para los sitiadores como lo fue el cerco de Troya" (3).

(1) *Cánovas del Castillo*, por Adolfo PONS y UMBERT, p. 425, donde se citan ambas frases.

(2) Hallo la frase en un folleto publicado en Nueva York, anónimo, con este título: *Cuba Libre, Independencia ó Anexión*. Agosto de 1898. Pero apareció primero, aunque no se dice, en el mismo Nueva York, en Noviembre de 1896, en otro folleto: *La Perfidia Española ante la Revolución de Cuba*. Por José de Armas y Cárdenas.

(3) Mi comprobante es una carta, cuyo original conservo, de un importante redactor de *La Época* de Madrid, escrita á un distinguido cubano, quien, á ruego mío, preguntó si recordaba dónde y cuándo dijo Cánovas la frase anterior sobre el Trafalgar á las puertas de La Habana. Al aludido redactor comunicó esa segunda frase, que cito, un personaje político español muy conocido, presente á la entrevista en que Cánovas la pronunció.

¡El sitio de Troya! ¡Es decir, diez años! Quien tan largo asedio por mar y tierra creía verosímil y preveía, no había de prestarse gratuita y voluntariamente á concesión tan grande como el abandono de la isla de Cuba á los cubanos, impuesto por los Estados Unidos. Hubiera preferido, lo mismo que sus sucesores, fiarlo todo al azar de los combates antes que desprenderse de una soberanía, á la cual, como tantas veces había dicho, estaba ligada para siempre la vida y la honra de España. Pero solamente así, es claro, hubiera podido evitarse la guerra, después de presentado el ultimátum.

Toda España compartía los mismos sentimientos y las mismas esperanzas de Cánovas y de sus continuadores. El pasado todo de la nación, las lecciones de su historia, sus tradiciones y leyendas, cuanto contribuyó á formar el grave y enérgico carácter nacional, imperiosamente pedía la aceptación, cueste lo que costare, del reto americano. Absurdo sería considerar ahora las cosas bajo el infausto resplendor del resultado, para determinar lo que pudo ó lo que debió hacerse en el primer semestre de 1898. Casi nadie sospechaba en España la importancia real de la marina de los Estados Unidos y lo bien adiestrados que para la ofensiva estaban sus tripulantes y sus artilleros, así como la excelencia de sus cañones. Hubo Almirante español que públicamente llegó á decir que las tripulaciones de los barcos americanos, compuestas siempre de broza extranjera, de gente allegadiza, no eran de fiar para los que las mandaban, y estaban siempre en vísperas de traicionar ó desertar (1).

(1) De la misma opinión eran muchos otros. En la proclama del Capitán General de Filipinas para anunciar la declaratoria de guerra, se lee esto: "Una escuadra, tripulada por gentes advenedizas, sin instrucción ni disciplina, se dispone á venir á este archipiélago con el descabellado intento de arrebataros cuanto significa vida, honor y libertad. Preténdese inspirar á los marinos americanos el coraje de que son incapaces..."

Mucho, por el contrario, confiaba el pueblo español en sus cruceros de rápido andar construídos en el Nervión, y su *Cristóbal Colón*, obra maestra italiana. Más que nada en el probado valor y la ingenua fe religiosa de los descendientes de aquellos que tan heroicamente pelearon, como era muy cierto, en Lepanto, en Las Terceras, en Trafalgar, y sinceramente creían, conformándose á la tradicional afirmación de Felipe II, que el fracaso de la Invencible Armada fue causado por los elementos, sin intervención alguna directa de los intrépidos marinos de Elizabeth de Inglaterra, que en el Canal de la Mancha la aguardaron.

Los sucesores de Cánovas hubieran necesitado, para proceder de un modo diferente, en el estrecho y dificultoso paso en que se encontraron, el apoyo franco, explícito, directo, de los que después tan amarga é injustamente criticaron su conducta. El Duque de Tetuán, enconadísimo contra ellos en sus *Apuntes*, Silvela, Castelar, Salmerón, Romero Robledo, los demás, Jefes de partidos ó de grupos, hubieran debido hablar, predicar, asumir públicamente la responsabilidad que el caso adverso requería, si juzgaban que había la guerra de evitarse á cualquier costa. Ninguno lo dijo, ninguno lo aconsejó descubiertamente.

Menos que nadie hubiera podido Cánovas hacerlo, después de haber llevado tan impertérritamente su política hasta el punto de producir el estallido. Cuando él murió estaba ya en Europa el General Woodford con las instrucciones de Mac-Kinley, en que sin rodeos pedía intervenir en Cuba, siempre bajo el nombre de amigo que ofrece sus "buenos oficios," pero en tono ya muy distinto del que el Secretario de Cleveland, y aun antes el de aquél mismo, habían empleado. Cánovas, que lo sabía, que oía bien el murmullo de la opinión pública americana, cada vez más excitada, contaba recibir en San Sebastián al nuevo Enviado, sin alterar en tanto su plan de conducta, firme en su tema, bien resuelto á no aceptar lo que, arruinando todos sus cálculos y toda su política, no podía ser para él

más que un mentís por él mismo dado á cuanto había dicho y hecho durante su vida entera. Esperábalo, pues, sin manifestarse inquieto, y hasta el día mismo de su trágico fin sostenía y aplaudía los actos del General Weyler, la política del hierro, del fuego y el hambre en la Isla, causa inicial de los desastres y humillaciones que á la patria reservaba el porvenir.

Un motivo más pudo haber que llevó á la guerra con los ojos bien abiertos á los sucesores de Cánovas, motivo que de propósito he reservado hasta ahora, aunque parece haber influido poderosamente, y que bastaría por sí solo para explicar la incertidumbre de unos y la sombría resignación que al cabo se adueñó de todos: el temor de una revolución antidinástica dentro de la misma España, en circunstancias tan dolorosas, con un rey menor de edad y una reina extranjera.

El General Woodford, que residió en Madrid ocho meses representando con tranquila y afable dignidad á la que, para tantos patriotas españoles, era la impertinente, codiciosa y agresiva república enemiga; que supo mantenerse correcto y sereno á despecho de las muestras de hostilidad que las familias más elevadas de la sociedad madrileña no le ocultaban ni le escaseaban; y que con toda su *bonhomie* parece haber penetrado bien la situación en aquellos días revueltos, piensa que realmente los Ministros se vieron entonces en el caso de escoger entre la guerra con los Estados Unidos y la caída posible de la monarquía (1). Con la guerra podía perderse Cuba, pero salvarse la dinastía. Sin ella, es decir, consintiendo en la independencia de la Isla de Cuba, se perdía acaso juntamente el frágil trono en que Alfonso XIII debía sentarse. Si es cierto que tan cruel disyuntiva surgió como una amenaza ante los perplejos y desventurados consejeros de la corona en ese tris-

(1) *The American-Spanish War. A history by the War Leaders.* Norwich, Conn. 1899. (Introducción, escrita por el General Stewart E. Woodford, pág. 9).

te momento, algo de lo que hoy nos parece todavía difícil de explicar, por sí mismo bastante se aclararía.

Fue en resumen una de esas crisis particularmente terribles en que pueden darse por bien servidos y dichosos aquellos que pudieron no comprometerse, que no se vieron forzados á echar, como desesperado é inútil sacrificio, en la sima abierta bajo sus pies, lo más grande y más caro: orgullo, reputación, patriotismo. El tético anarquista que á Cánovas quitó la vida, le prestó sin imaginarlo inapreciable servicio, librándolo del tormento de vivir en aquellas horas espantosas, en que él mismo acaso, en su profunda angustia, hubiera buscado en la muerte su único consuelo.

A MI MADRE AUSENTE

EN EL DÍA DE SU CUMPLEAÑOS

Hoy que en mi hogar, en grata competencia,
Te felicitan todos, madre mía,
Yo, sumido en tenaz melancolía,
Llevo cual grave fardo la existencia.

Mas no es mi solo padecer la ausencia,
Si bien mi amor recrece cada día.
Ay! tal vez, á tu lado, sanaría
Tu blanda mano mi letal dolencia!...

Y ¡cosa extraña! cuando el mundo entero
De la madre el natal ha festejado,
El tuyo siempre con temor espero;

Y es que al ver tu cabello plateado,
Fatal anuncio de tu adiós postrero,
Me figuro en el mundo abandonado!

ROBERTO PEREZ LEMUS

Convictor

Bogotá, Colegio del Rosario.

1.º de Noviembre de 1892.

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico